

MASSIMO PIETROSELLI

misterio

La Puerta de las Tinieblas



En la Roma de 1875 banqueros, políticos, periodistas y masones se ven envueltos en un misterio policial guiado por la mano invisible de Edgar Allan Poe, y que recuerda a *El alienista*, de Caleb Carr.

La puerta de las tinieblas



La puerta de las tinieblas

Massimo Pietroselli

Traducción de Jorge Rizzo

Rocaeditorial

Título original: *La porta sulle tenebre*
© 2007 Arnoldo Mondadori Editore S.P.A.

Primera edición: septiembre de 2009

© de la traducción: Jorge Rizzo
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-9918-032-8
Depósito legal: B. 27.765-2008

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Tiziana

«Si supieras la conjura de liantes e intrigantes que puebla Italia,
temblarías tú también.»

MASSIMO D'AZEGLIO, *en una carta a su esposa*

Hay dos formas de gobernar a los italianos:
con las bayonetas o con la corrupción.

VÍCTOR MANUEL II, *al plenipotenciario inglés August Piaget*

Índice

Prólogo	
6 de febrero de 1875, sábado	17
Primera parte	
3 de noviembre de 1875, miércoles	25
Segunda parte	
4 de noviembre de 1875, jueves	89
Tercera parte	
5 de noviembre de 1875, viernes	175
Cuarta parte	
6 de noviembre de 1875, sábado	249
Epílogo	
7 de noviembre de 1875, domingo	327

Personajes principales

Corrado Archibugi Ettore Calistri Onorato Quadraccia Terenzio Sabbatini	<i>Inspectores de Seguridad Pública</i>	13
Oreste Scialoja Eugenio De Matteis	<i>Delegados de Seguridad Pública</i>	
Lorenzo Panicacci	<i>Superintendente de Seguridad Pública</i>	
Arthur Barrington	<i>Un inglés extraño</i>	
Guido Tremolaterra	<i>Periodista y autor de El misterio del doctor Bellacuccia</i>	
Adele Ortolani	<i>Colaboradora de Tremolaterra</i>	
Maria Gualtieri Vincenza Amadio Silvia Marziani Giovanna Squartini	<i>Secretarias de Tremolaterra</i>	
Fabio Petrocchi Armida Petrocchi	<i>Vendedores de pollos</i>	

Enrico Mezzasalma
Don Vincenzo

Francesco Saverio Tinebra

Rosa Ferracci

Director del Eco de Roma
Párroco de Santa Maria
della Morte Desolata
Un hombre
de múltiples apodos

la Pelusillas

En el transcurso de las investigaciones sobre el delito de la «doble W», entre el 3 y el 7 de noviembre de 1875, el inspector de Seguridad Pública Corrado Archibugi fue a dar, por casualidad, con la vieja leyenda romana de la «*porta de reto*»; es decir, una «puerta trasera» del Vaticano, donde cada noche un par de espías confidentes del Papa le contaban las tropelías de los romanos.

En el transcurso de dichas investigaciones se enteró de paso de que existía una puertecita similar en el Palazzo Braschi, lugar ideal para los interrogatorios, al haber sido en el pasado sede de la Presidencia del Gobierno, del Ministerio del Interior y de la Dirección General de Seguridad Pública.

No obstante, al concluir su investigación, Archibugi le confesó a su prometida: «Pensaba que había descubierto la *porta de reto* en el Palazzo Braschi y que podría sacarle partido, pero, en cambio, he descubierto una puerta que lleva directamente a las tinieblas».

Y las tinieblas caerían: quince años después.

Prólogo

6 de febrero de 1875, sábado

El desfile de los *moccoletti* ponía fin al carnaval romano. La noche del *martedì grasso*, por las calles y los callejones atestados de gente, todo el mundo, con una vela o un farolillo en la mano, intentaba apagar los de los demás soplando, con un abanico, con un fuelle o incluso con un escupitajo, en una maraña pagana de cuerpos y gritos, de quiebros acrobáticos y codazos.

Era el último acto de una juerga colectiva de ocho días, tanto más pagana en cuanto que se celebraba en el centro de la cristiandad; con el simbólico apagado de las velas por la Via del Corso se decía adiós a las comilonas, a las máscaras, a los bailes, a los amores clandestinos, al lanzamiento de confeti y de guirnaldas, a las flores y a los caramelos; el Miércoles de Ceniza, Roma se despertaba extenuada, cubierta de verduras, de cartones y de cadáveres de perros y gatos que habían muerto a manos de gamberros, con el recuerdo de los carros y quizá de alguna inocua traición; *er carnovale* queda muerto y enterrado, los *moccoli* han cerrado la función; no se habla más: *tutt'è ffinito*.

Pero el sábado el desfile de los *moccoletti* aún quedaba lejísimos y la noche de juerga prometía no acabar nunca. En las calles principales, iluminadas para la fiesta, el carnaval rugía, la gente bailaba junto al desfile de carrozas con máscaras que les cubrían unos ojos aún enrojecidos por el vino y los farolillos de los alféizares se consumían, lo que daba un aire de vigilia fúnebre a los callejones oscuros a los que apenas llegaba el eco de los gritos y del baile.

Aquella noche de fiesta desenfrenada, el director del popular periódico *La Capitale*, Raffaele Sonzogno, subía las escale-

ras oscuras del edificio de la Via delle Coppelle 35, sede de la redacción.

Sonzogno no apagaría ningún *moccolotto* tres días más tarde; para él la función estaba ya casi muerta y enterrada; todo acabaría al cabo de menos de una hora, pero de él y de su final se hablaría mucho.

Al cabo de unas horas, en la Via delle Coppelle, la Policía asistiría a un espectáculo horripilante.

Los periodistas chapotearían en la sangre de Sonzogno durante meses, como, por otra parte, hacía meses que hurgaban en su vida privada (la esposa que le había traicionado con su mejor amigo, su pasado de periodista al servicio de los austriacos, los duelos, las constantes querellas por difamación...).

Alguien pagaría por aquel delito; pero también habría quien quedaría libre de cualquier declaración, testimonio, confesión, cotilleo o sospecha.

20 Eran casi las ocho y cuarto de la tarde. Sonzogno, con las pupilas ya adaptadas a la semioscuridad de las escaleras del edificio, se detuvo un momento en el rellano, jadeante. Las escaleras daban a un patio interior y, pese a ello, le llegaba un vago reflejo de las antorchas y de las linternas de la gente que pasaba a paso ligero por la calle, en dirección a la Piazza Navona o al Corso, emitiendo sombras que crecían como gigantes por los muros y desaparecían rápidas como fantasmas, y se llevaban consigo risitas sofocadas y carcajadas despreocupadas, gritos e improperios.

En una esquina de la calle, entre las sombras, un hombre encapuchado, con una capa que le llegaba hasta los pies y el rostro enmascarado, pese a la prohibición impuesta por la Policía, esperaba su momento.

Al pasar, un arlequín y una gitana observaron la máscara sobre el rostro y, sobre todo, la capa fina y elegante, no de aquellas mugrientas que se alquilaban por cuatro cuartos; pero no cayeron en la cuenta cuando, al día siguiente, los vendedores ambulantes despertaron a la ciudad somnolienta con la noticia del horrendo delito. El hombre encapuchado y escondido tras la máscara nunca aparecería en las páginas de sucesos ni en los informes de la Policía.

Raffaele Sonzogno se quedó mirando la puerta cerrada des-

de el rellano; allí vivía Garibaldi cuando estaba en Roma, justo en el piso por debajo de la redacción de su periódico. Una sonrisa le cruzó el rostro, la típica reflexión banal sobre las casualidades de la vida, que acercan a personas tan lejanas entre sí; luego siguió subiendo las escaleras mientras las voces de la calle subían y bajaban de intensidad como una marea.

Sonzogno recorrió por última vez los escalones que conducían al amplio piso, abrió la puerta y la cerró a sus espaldas.

Se sintió invadido por una sensación de ahogo: en las cinco salas flotaba aún el humo de cigarros puros, cigarrillos y pipas de numerosas jornadas de trabajo convulso, una peste que por mucho que se aireara el espacio no podía eliminarse, porque se había agarrado a las cortinas, infiltrado en las paredes, introducido en los muebles, pegado a los tinteros. A veces, Sonzogno pensaba que quizá fuera precisamente todo aquel humo concentrado el que mantenía en pie *La Capitale*, que de otro modo se habría hundido sobre sí mismo con todas sus polémicas, sus mentiras construidas a medida y, ocasionalmente, alguna incómoda verdad.

Lejos de allí, una guitarra emitió unas notas, acompañando el canto de un borracho que entonaba desafinado, y después se hizo el silencio.

Las diferentes salas del apartamento se vieron sumergidas en una tenue luz de acuario. Sonzogno esquivó las pilas de papeles amontonados, abrió una ventana y sintió el olor de la noche; después se dirigió a su escritorio. Encendió un fósforo y lo acercó a la mecha de la lámpara de petróleo.

Una sombra se desliza por las paredes del piso. Sonzogno siente un crujido e instintivamente se zafa para protegerse de algo que le rodea el cuello, se gira, se pliega en dos y retrocede derribando a su paso papeles y tinteros.

Ningún testigo hablará de gritos. Ninguno oirá nada. Pero hay gritos, chillidos como los de un cerdo en la matanza. Trece cuchilladas no pueden perderse en el silencio.

Al primer grito, el hombre de la capa que espera abajo avanza bajo las ventanas, como si esperara algo, o como si se dispusiera a ofrecer socorro. Mira a su alrededor; siente que

se ahoga bajo la capucha y la máscara, el sudor le corre por las sienes, cada grito le recorre los huesos y le hace girarse a derecha e izquierda. Casi se arrepiente de estar allí abajo. ¿Por qué está allí? Únicamente para hacerse con un objeto que —sólo en ese momento cae en la cuenta— nunca podrá usar en su beneficio porque, si llegaran a saberlo, los instigadores de aquel terrible acto de violencia no dudarían en cometer otro delito. En cuanto corre la sangre, todas las cosas se perfilan con precisión, y se hacen evidentes unos límites que no deben sobrepasarse. Por otra parte, piensa, llegado el momento, aquel objeto podría hacerle muy poderoso...

En el piso, Sonzogno se defiende como puede, es un hombre robusto y enérgico, que ha defendido su honor en diversos duelos; pero está desarmado, mientras que el asesino cuenta con un arma de carnicero con la que, efectivamente, hace una carnicería: un cuchillo de doble hoja lanceolada, de más de veinte centímetros de longitud, que lleva grabados extraños signos cabalísticos.

22 Sonzogno intenta protegerse con los antebrazos, pero el cuchillo penetra, corta, rasga y desgarrá; las salpicaduras de sangre recuerdan los puñados de confeti que vuelan por Roma, y los alaridos que salen de aquella garganta parecen los de un perro al que algún pillo de mirada excitada le está quemando la cola en el Panteón; el asesino y la víctima tienen los ojos abiertos como los de las máscaras de cartón abandonadas sobre las carrozas tras el desfile de la tarde.

Bajo las ventanas, el hombre de la capa ya no oye nada. Está empapado en sudor. Pasan corriendo un escudero y una hechicera, seguidos de un par de antiguos romanos. El ruido de pasos se aleja y todo es silencio y oscuridad. Poco a poco, la respiración del hombre enmascarado vuelve a la normalidad.

Pero aún no ha acabado.

El hombre frunce el ceño. Los minutos pasan lentos, no se oye más que algún grito lejano, una canción, algún tambor. Desde la ventana abierta no hay señales de vida. Se pasa la lengua por los labios reseca. ¿Es posible que Sonzogno haya ganado? Ya lo había dicho él, que no había que fiarse de aquel carpintero endemoniado. Y sin embargo, los gritos, aquellos chillidos de animal degollado...

¡Ahí está! Un rostro aparece en la ventana, espectral bajo la luz de la luna; mira abajo, con un movimiento de cabeza apático busca a alguien, después ve la capa y asiente, alarga un brazo y una mano deja caer algo que emite un destello.

El hombre enmascarado siente el peso del objeto que le cae entre las manos, lo guarda apenas un momento, justo lo necesario para comprobar que aquel tonto no se haya equivocado: pero no, no hay duda de que es la pitillera de plata que Sonzogno llevaba siempre consigo. Sobre la superficie brillante del objeto se ven unas huellas ensangrentadas y un trazo quebrado, un rayazo en el metal provocado por la furia del cuchillo.

Con un revuelo de la capa el hombre se aleja a un ritmo controlado, con la pitillera apretada contra el pecho, jadeante por la emoción. Poco después se libera de la máscara, que podría llamar la atención de algún guardia municipal, se quita la capucha y desemboca en la Piazza delle Cinque Lune; unos pasos más y desaparece en el bullicio de disfraces y gritos que invade la Piazza Navona.

Primera parte

3 de noviembre de 1875, miércoles

En el segundo piso del Palazzo Braschi, sede del Consejo de Ministros, del Ministerio del Interior y de un núcleo de funcionarios de Seguridad Pública, el agente de guardia estaba inmerso en la lectura.

Tenía sobre la mesa unas grandes hojas impresas con abigarradas columnas y seguía las palabras con el dedo, moviendo los labios como un escolar. Estaba tan absorto que ni siquiera reaccionaba ante el volumen del discurso airado del superintendente de Seguridad Pública Lorenzo Panicacci. En otro momento habría aguzado el oído, por aburrimiento, si no ya por curiosidad: pero en este caso no había discusión que valiese entre Panicacci y sus inspectores, ni siquiera aunque estuviera precedida, como había ocurrido poco antes, por unas extrañas idas y venidas de delegados de Seguridad Pública que tomaban declaraciones.

El dedo avanzaba rápido por las líneas, la mente le volaba lejos. El guardia estaba rendido a la novela por entregas del momento.

Los temibles ojos del doctor Bellacuccia, que habían visto villanías de todo tipo, se habían vuelto grandes, grandísimos, fijos; parecían dos afiladísimos puñales que penetraban en el cerebro, o incluso en el corazón del inspector Sperelli, quien, por mucho que lo intentara, no conseguía escapar a su extraño poder magnético. ¡Era una mirada como la que adoptan algunas terribles serpientes del Lejano Oriente, con la que dejan petrificados incluso a tigres o leopardos!

La mano del inspector, con la que agarraba el revólver, se abrió

por fin, desprovista de fuerza. ¡La situación se invertía! Cuando parecía que al final la ley triunfaba sobre el maléfico doctor, sus poderes hipnóticos habían convertido una derrota en victoria. ¿Era invencible, pues, aquel demonio de hombre? ¿Cuánto tiempo más oprimiría a Roma, corazón del bello reino de Italia, en una red de engaños y chantajes?

Sperelli no podía apartar la mirada de aquellos ojos que parecían adquirir un tamaño enorme, hasta que una voz, aparentemente lejanísima, le acarició el oído, dulce como la resaca del mar: «Ahora, dormid».

El doctor Bellacuccia se veía obligado a hacer gala de todos sus recursos: o conseguía que el inspector perdiera la memoria, ahora que había descubierto su identidad secreta como oscuro autor de mil intrigas, o se vería obligado a abandonar la partida y perderlo todo.

Lo que quedaba fuera de toda cuestión para el doctor Bellacuccia era acabar con el inspector, porque...

28

—Agosti, ¿qué sucede ahí dentro?

El guardia levantó la vista de la novela y miró con aire confuso al hombre robusto que tenía delante, de espesa barba y cabello blanco, pobladas cejas y mirada torva: el delegado Oreste Scialoja.

—Señor delegado... ¿Qué sucede dónde? Ah, sí. No sé, parece que están discutiendo con ganas. Era la habitual reunión semanal de los inspectores, hoy es miércoles, pero luego se ha presentado un delegado, no recuerdo de qué sucursal, con un informe urgentísimo... y desde ese momento, fíjese cómo están las cosas. El toscano está que suelta espumarajos por la boca.

—¿Y no has oído de qué se trata?

—No. Estaba leyendo.

—Estabas leyendo —repitió el hombre, con una mueca de incredulidad. Miró unos segundos más la puerta cerrada, mesándose la barba, pensativo, y luego se despidió con un gesto y se alejó por el pasillo, mientras un escalofrío le recorría los huesos, como el presagio de una gripe.

El guardia resopló y volvió enseguida al punto en que había dejado la novela del momento, *El misterio del doctor Bellacuc-*

cia, sin imaginar que, al otro lado de la puerta del despacho del superintendente, se hablaba precisamente de aquella novela.

De pronto, el inspector de Seguridad Pública Corrado Archibugi vio la mosca.

Había sobrevivido a aquel frío terrible de principios de noviembre, insólito para Roma, y había encontrado refugio en el despacho de Panicacci. La mosca era el único ser vivo, aparte de Panicacci, que no intentaba huir de aquella sala lo antes posible. «Quizá —pensó Archibugi mientras la voz del superintendente tronaba en protesta por tanta ineficacia y negligencias—, quizá porque está medio atontada por el frío. Será por eso.» Efectivamente, la mosca se movía trazando movimientos circulares amplios y relajados, como si estuviera en las últimas.

—¡No podemos seguir así de ningún modo!

Archibugi estaba de acuerdo: no podían. ¿Cuándo se decidiría por fin a dejarles trabajar? ¡Él y los otros dos inspectores llevaban allí bloqueados media hora! Y menos mal que era una emergencia, tan grave que había provocado que saltara la reunión semanal impuesta por Panicacci hacía unos meses: si no, no habría modo de salir de allí antes del mediodía.

—Que yo, un superintendente de la Seguridad Pública, tenga que enterarme de las cosas...

La mosca se había posado sobre el vidrio que protegía un retrato de Joseph Fouché, colgado en la pared a espaldas de Panicacci. El insecto apenas conseguía mantenerse sobre el cristal, y resbaló hacia el lado inferior del marco, donde se puso a caminar lentamente adelante y atrás. Fouché, con el rostro sombrío, hundido, los labios finos apretados, como encerrando el secreto de su alma, parecía mirar fijamente a la mosca, entrecerrando los ojos, maldiciéndola con la mirada. ¿O sería que Fouché miraba en realidad hacia abajo, a Panicacci?

Archibugi se peinó los tupidos y oscuros bigotes, recordando el día en que Panicacci había «presentado» el cuadro: lo había visto en París, según había explicado medio oculto tras el humo de la pipa, e inmediatamente había sentido el impulso de comprarlo como estímulo para «nuestra actividad cotidiana de defensores de la ley y del Estado, en nombre de nuestro queri-

do rey Víctor Manuel». En aquella ocasión, a Archibugi casi se le escapó decir que, en realidad, en su tiempo se decía de Fouché que «primero se ocupa de lo que le importa, y luego de todo lo que no le importa», y que para sobrevivir como ministro de la Policía bajo tantos patronos y tantas banderas, la única actividad cotidiana a la que se había tenido que dedicar era a reunir información que pudiera usarse para chantajes o intimidaciones, en vez de a defender el Estado. Pero había preferido dejarlo correr y limitarse a pensar que en aquel mismo momento seguía habiendo gente como Fouché, en el mismo edificio en que convivían diversos poderes. Porque Joseph Fouché en el fondo era como Don Juan: no un hombre, sino más bien un modelo, una idea, un tipo de persona.

—Dígame entonces, si ese señor... ¿Cómo se llamaba?

En pie, junto a la puerta, el delegado de Seguridad Pública Eugenio De Matteis, corpulento y expresivo como un campesino menos tonto de lo que quisiera parecer, sacó pecho, metió la barriga y puntualizó:

—Fabio Petrocchi, *dottor* Panicacci.

30 —Pues si ese Petrocchi esta mañana no hubiera prestado declaración espontáneamente, y digo espontáneamente...

Archibugi, que había posado la mirada por un instante en De Matteis y sus rosadas y gordinflonas mejillas, volvió a fijarla en Fouché: la mosca había desaparecido. Entonces empezó a recorrer con la vista todo el despacho: la librería llena de textos de jurisprudencia, el escritorio de Panicacci cubierto de papeles, pipas y hebras de tabaco, las paredes, la ventana desde la que se veía la cúpula de Sant'Agnese, que se elevaba sobre los tejados bajo un sol helado. Nada.

En el transcurso de la búsqueda, los ojos de Archibugi se cruzaron con los de sus colegas, todos alrededor de la mesa de reuniones. El inspector Ettore Calistri estaba frente a él, en diagonal, de modo que sólo le ofrecía una cuarta parte de su rostro a Panicacci, sentado tras el escritorio. El codo sobre la mesa, la mejilla hundida en la mano, los ojos escondidos tras los dedos: una posición estratégica ideal para dormir.

Junto a Archibugi, a su vez, estaba el anciano inspector Onorato Quadraccia, con los brazos cruzados y su consabido abrigo negro puesto, a pesar del calor de la estufa, los ojos in-

expresivos clavados en Panicacci sólo para guardar las apariencias, pero en realidad entretenido en alimentar alguno de sus múltiples odios hacia la humanidad. Una silla vacía esperaba al inspector Terenzio Sabbatini, que siempre llegaba tarde.

Archibugi pensó que, si él y los otros inspectores estaban distraídos de un modo tan evidente ante su superior, teniendo en cuenta además el horrendo delito del que se hablaba en la declaración que descansaba sobre la mesa de Panicacci, debía de ser porque aquella pérdida de tiempo y aquellas charlas estériles no tenían sentido en aquel contexto sangriento. Aquello no era más que un modo de mantener los nervios controlados. De oponer resistencia al sinsentido.

—Y menos mal que nuestro delegado aquí presente, el delegado...

—De Matteis, *dottore*. Sucursal de la comisaría de...

—Y menos mal que nuestro delegado De Matteis ha comprendido enseguida...

—Enhorabuena, De Matteis —gruñó Quadraccia, sin apartar la vista de Panicacci.

El superintendente se quedó observando por un momento al anciano inspector, intentó comprender la intención de la frase, no entendió y, dado que temía a Quadraccia, confirmó, dubitativo:

—Sí, enhorabuena, De Matteis, por haber comprendido inmediatamente el calado de esta declaración, que si no...

¡Ahí estaba! Archibugi posó la mirada sobre la superficie de la mesa de reuniones, mientras Panicacci seguía con sus arengas y De Matteis permanecía tieso frente a la puerta. La pequeña mota negra que formaba la mosca destacaba claramente sobre la superficie brillante de la mesa, iluminada por la luz del sol que entraba por la ventana.

—¿Qué voy a decir, qué puedo decir, cuando el señor comisario me llame para...?

La mosca había rodeado el codo sobre el que se apoyaba toda la estrategia del somnoliento Calistri, había alcanzado el centro de la mesa, donde la luz del sol dibujaba las vetas de la madera. Hacía calor, la estufa estaba al rojo. Archibugi empezó a luchar contra sus párpados, que amenazaban con cerrarse...

¡PAF!

Archibugi abrió los ojos como platos, el codo de Calistri resbaló. Donde antes estaba la mosca, ahora estaba abierta la mano larga y huesuda del inspector Quadraccia. La mano se levantó lentamente y dejó a la vista una mancha pegajosa sobre la mesa. Quadraccia se limpió la mano con el abrigo.

—Tiesa —dijo, sin ninguna inflexión en la voz.

Calistri, con los ojos enrojecidos, intervino:

—Tampoco ha sido un gran golpe, Homilías. Ya estaba medio muerta.

—¿Por qué no vuelves a dormirte, querido Ettore? Aquí aún estamos escuchando a nuestro estimado amigo.

Archibugi seguía el diálogo, preparándose para la tormenta. Efectivamente, Lorenzo Panicacci había interrumpido su discurso, incrédulo ante aquel motín, con los ojos fuera de las órbitas, el rostro congestionado y los quevedos colgando del cordón fijado al cuello de la chaqueta. Fouché miraba al superintendente como si quisiera dejar clara la distancia que lo separaba de un inepto como él.

—Inspector Quadraccia... —arrancó Panicacci, severo.

—Esa mosca me distraía.

Panicacci consideró la pueril excusa. Sabía que el viejo inspector era un hombre difícil: una vez que le había reñido por haber dado una somanta de palos a un sospechoso, él le había respondido con su habitual mala educación: «La mierda no se palea con cucharilla de plata»; después, se había dado media vuelta y había dejado solo a su superior, alimentando una úlcera. No, mejor no insistir. Panicacci cambió de objetivo, cada vez más nervioso.

—¿Y usted, Calistri? Usted que estaba durmiendo, ¿qué me dice?

—*Dottor* Panicacci, ante todo, yo no dormía. Y en cualquier caso, la reunión semanal de los inspectores ha sido anulada cuando ha entrado el delegado De Matteis con su declaración, que, con todo respeto, no me incumbe en absoluto. Como mucho incumbe a Corrado, por lo que se ha visto hasta ahora...

Quadraccia mantenía el abrigo bien cerrado con los brazos cruzados sobre el pecho.

Archibugi se estiraba los bigotes, pero, por lo demás, permanecía inmóvil.

Panicacci miró a derecha e izquierda, pasando revista a «sus hombres», incluida la silla vacía de Sabbatini; después se dirigió a De Matteis, como en busca de comprensión, pero el delegado no se atrevió a tomar partido; el superintendente rebufó y se pasó una mano por la frente. Sentía clavados los ojos implacables de Fouché. Se dejó caer en la silla, como desprovisto de toda voluntad.

—Está bien, quitaos de en medio. Si hasta ahora no he conseguido crear un mínimo de espíritu de equipo, nunca lo conseguiré.

Una repentina animación, movimiento de sillas, esbozos de saludos. Sólo Archibugi se había quedado sentado, porque Calistri tenía razón, aquel asunto le concernía a él, en primera persona.

Panicacci tuvo un impulso vengativo.

—No, no, usted quédese, inspector Quadraccia. Y usted, obviamente, De Matteis.

Quadraccia, alto y enjuto, estaba ya en la puerta: se giró lentamente. El rostro afilado, la nariz rota, la cicatriz en el pómulos, los ojos mortecinos y los cabellos de un blanco amarillento pusieron incómodo a Panicacci, que enseguida precisó, con el acento toscano que se hacía más evidente a medida que se iba poniendo más nervioso:

—No querrá que lo haga todo solo el inspector Archibugi, ¿no? Ya ve usted mismo que la situación requiere una reacción muy rápida. Hoy mismo quiero que tengamos una imagen clara de todo el asunto. Adelante, hágame el favor, siéntese.

—*Dottor* Panicacci, anteayer fue Todos los Santos y ayer el día de los muertos: en dos días, seguro que han destripado a más de uno, y si no voy yo por los hospitales, éstos desde luego no vendrán a presentar denuncia...

Quadraccia se había asignado la misión de combatir la campaña de intimidaciones que infestaba Roma, los duelos de honor a cuchilladas, los diversos jefecillos de bandas que dominaban los barrios con la autoridad que les otorgaba su propia fanfarronería y la fuerza bruta. Casi cada día hacía la ronda por los hospitales, acumulaba listas de muertos y heridos que, después, en el despacho que compartía con Archibugi, repasaba mentalmente durante horas, conjeturando sobre posibles cul-

pables. Así se había ganado el apodo de «el Homilías» y la fama de perseguidor de matones, odiado en igual medida, a causa de sus modos brutales y despiadados, por los romanos y por Panicacci.

Archibugi, al oír las objeciones del anciano inspector, entrecerró los ojos: ¿qué era lo que atormentaba a Quadraccia? Nunca había replicado a una orden ni había buscado una excusa: no por sentido del deber, sino por no darle la satisfacción al superintendente. Y ahora se ponía a protestar. ¿Por qué?

—Por favor, inspector. Deje estar a sus matones de barrio, que se maten unos a otros. Total, es el único modo de hacer algo más civilizada esta ciudad. Ha oído la declaración de ese tal...

—Petrocchi —recordó, molesto, De Matteis, que empezaba a comprender cómo funcionaban las cosas en aquella comisaría.

—... de ese tal Petrocchi. Es imprescindible comprobar cuánto hay de cierto en ella, aunque de momento no tengamos motivos para dudar del testigo. ¿No es así, delegado?

—Sí. Fabio Petrocchi no tiene cuentas pendientes ni resueltas con nosotros. Desarrolla su actividad comercial desde hace años en la Via Capo Le Case. Yo mismo he visto que ha puesto una vela en la tienda para recordar la aparición del pequeño. Así que ese punto está confirmado...

—Vamos, que es un meapilas —comentó Quadraccia, que se sentó con un suspiro y sin sacar las manos de los bolsillos del abrigo.

—Es mandatario de la Fraternidad de la Morte Desolata, ¿qué te esperabas? —le respondió De Matteis, que conocía a Quadraccia desde hacía años.

—Oiga, *dottore* —contraatacó Quadraccia—, ¿y de la investigación sobre la «vejiga» hallada en Ripa Grande?

La «vejiga». Así había bautizado Quadraccia al cadáver de una mujer que habían sacado del Tíber, en un estado asqueroso y que, sin embargo, había inspirado aquel epíteto al inspector. La «vejiga»: una masa de carne verduzca, hinchada, reventada y mordisqueada por los peces.

—¡Venga, Quadraccia, deje de crearme problemas! Por lo que nosotros sabemos, esa «vejiga», como la llama usted, po-

dría haber muerto de vieja, por lo que esperaremos el informe médico antes de hablar de investigación, ¿de acuerdo? Y ahora vamos a lo que nos interesa.

Encendió la pipa y le dio unas caladas nerviosas. Archibugi sacó del bolsillo medio puro toscano y lo encendió. Un denso humo azulado empezó a trazar arabescos por el techo. En el silencio de aquellos segundos de concentración se oían las carrozas que rodaban por la Piazza Navona y el habitual organillo con melodías de ópera que iniciaba su cantinela.

—De modo que nos encontramos con un lío tremendo —declaró Panicacci—, tres hilos que se mezclan: la declaración de Petrocchi, lo del inglés, ese tal...

—Se llama Arthur Barrington, superintendente —indicó Archibugi.

De Matteis le lanzó una mirada escrutadora: eran sus primeras palabras desde que se encontraban todos allí dentro, y le habían bastado para darse cuenta de que era del norte, un *buz-zurro*. Debía de tener poco más de treinta años, pero parecía más viejo, incluso fatigado. Su espeso cabello negro ya dejaba entrever tonos grises en las largas patillas; la delgada nariz parecía aún más fina, como por efecto de alguna fiebre; en la frente se concentraban unas arrugas precoces. El oscuro bigote le daba un aspecto aún más pálido al rostro. Y tenía los ojos grises, fríos, afilados. Tras el reconocimiento visual, Matteis evaluó al inspector: un hombre inteligente que intenta pasar de lado por la vida, para evitar encontrarse en el blanco de los mazazos que ésta siempre nos reserva. Probablemente honesto. Inteligente, reservado, honrado: quizás algo fuera de lugar, en aquella comisaría.

—... lo que Barrington le había revelado al inspector Archibugi y, por último, esta novela, *El doctor Bellacuccia*, o como se llame. Este chupatintas, Tremolaterra... ¿Ustedes lo conocen?

Quadraccia asintió. A Archibugi se le apareció mentalmente la imagen de un hombrecillo pequeño, con los ojos achinados, los cabellos ralos pegados al cráneo, la raya en medio y el aire famélico del cazador de noticias sensacionalistas que, mientras oía la descripción de la escena de un delito de boca de Corrado, chupaba nerviosamente el lápiz y apretaba los ojos,

pidiendo detalles sobre la posición del cuerpo, sobre la disposición de las heridas, sobre la cantidad de sangre vertida, sobre los familiares desolados, sobre las palabras del eventual sospechoso detenido que, en su transcripción, adquirirían siempre un tono lapidario, macabro.

—Se presentaba a menudo aquí, como tantos otros periodistas, en busca de noticias. Pero hace ya un tiempo que no lo veo —dijo Corrado—. Se ve que Bellacuccia da más dinero. No consigo recordar para qué periódico trabajaba...

—¡Malditos periodistas, antes o después el ministerio tendrá que encontrar el modo de cerrarles la boca! —comentó Panicacci, que no sabía de los fondos reservados empleados de forma habitual por los funcionarios del ministerio precisamente con aquel fin—. En fin, quiero saber los puntos de conexión de estos hilos, y lo antes posible. Por supuesto, huelga decir que con la máxima reserva.

—Sí, pero alguien tendrá que interrogar a ese Tremolaterra. ¿Y cómo evitamos que la noticia no trascienda, si tenemos que hablar de ello precisamente a un periodista de su ralea?

36 —Archibugi, con Tremolaterra hablará usted. —De los pocos inspectores que coordinaba Panicacci, para los casos delicados no había muchas opciones: el único era Archibugi, con sus buenos modos y su tono suave—. Actúe como crea mejor, diga lo mínimo indispensable, desafíelo, invoque al orden público, córtele la lengua... ¡En fin, haga lo que le parezca, pero, por el amor de Dios, que los periódicos no se nos echen encima por este caso! Si le hincan el diente, ya no lo sueltan.

—Entonces, ¿quedamos así? ¿Voy yo a ver a Tremolaterra?

Panicacci extrajo un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente. Quadraccia lo miraba como se mira el gusano de una manzana. De Matteis cambió de posición. Archibugi fumaba su puro y estudiaba al superintendente con los ojos grises de compás, como decían sus amigos de Turín, ojos que medían, analizaban, escrutaban a las personas de un modo que a veces resultaba insostenible.

—Estaría bien, sí —retomó Panicacci, que se levantó de golpe—, que fuera un único funcionario el que se ocupara de todos los aspectos del asunto, pero ahora no tenemos tiempo que perder, tenemos que recopilar el mayor número de informa-

ciones posibles a toda prisa. Esperen... —Consultó el cuaderno, mordiéndose los labios, pensativo—. Sí, casi seguro que el juez instructor de este caso será el doctor Tosetti, al que conocen bien. En cuanto acabe aquí, iré corriendo a I Filippini para exponerle la cuestión y el *modus operandi* que hemos acordado, dado lo convulso del momento... —Archibugi tuvo la impresión de que Panicacci se estaba preparando ya el discurso para el juez, un milanés serio y bastante puntilloso con el que Corrado había trabajado en el pasado—. Creo que Tosetti apreciará nuestro esfuerzo organizativo. Tenemos que conseguir datos, y enseguida. Ahora mismo no contamos más que con la declaración de Petrocchi.

—Ya que va, haga que el juez le firme unas cuantas órdenes en blanco, que siempre van bien —masculló Quadraccia, a quien la meticulosidad de Tosetti le resultaba más incómoda que un uñero.

Panicacci le lanzó una mirada amenazante y reemprendió sus paseos alrededor del escritorio.

—Así pues, eso es lo que haremos, por lo menos de momento —concluyó—. Usted, inspector Quadraccia, coja un coche fúnebre, un médico y un delegado, y váyase enseguida a comprobar si ese cadáver existe; si es así, naturalmente lo exhumamos e intentamos descubrir la causa de la muerte y, sobre todo, si existen esas misteriosas marcas de las que habla Petrocchi. —Se dirigió a la ventana y la abrió de par en par; la voz de un chico acompañaba al organillo anunciando que «la calumnia es como una brisa», hecho sobre el que Tremolaterra y muchos otros de sus colegas habían basado su carrera. Volvió a sentarse—. Usted, en cambio, Archibugi, vuelva inmediatamente a ver al inglés y verifique escrupulosamente su declaración.

—Yo ya había verificado escrupulosamente su declaración en su momento, *dottor* Panicacci.

La mano de Panicacci cayó a plomo sobre el escritorio.

—Ah, sí, ¿eh? ¡Tan escrupulosamente que lo que ha dicho Barrington ha sido confirmado meses más tarde por Petrocchi! ¡Y con un muerto de por medio, por si fuera poco! ¡Y un cuerno, escrupulosamente! Si se llega a saber que nos habían avisado hace meses de un delito así... ¡Ya se lo explicará usted a Tosetti!

—Óigame, *dottor*...

—Basta, Archibugi. Las polémicas en otro momento. Usted ahora vaya a ver al inglés y haga que le diga todo lo que sabe. Después, y no antes, con todos los datos en su poder, vaya a ver a Tremolaterra. Esta tarde, cuando vuelvan, esperemos poder desembrollar un poco esta maraña. Luego veremos cómo proceder y sabremos también qué opina el juez. De Matteis, usted acompañará al inspector Archibugi.

—¿Lo ves? El segundo dedo es más largo que el pulgar. Por eso tengo que hacerme los zapatos a medida. Ese dedo me cuesta un montón de dinero.

El inspector Terenzio Sabbatini asomaba el pie fuera de las sábanas y lo examinaba con atención.

La muchacha se irguió apoyándose sobre los codos y la sábana se le resbaló del pecho, dejando al descubierto unos senos enrojecidos por el roce con la perilla del inspector. Esbozó una sonrisita maliciosa.

—Tienes otras cosas largas mucho más interesantes que tu dedo —dijo, con acento francés. Hizo ademán de introducir una mano bajo las sábanas, pero él la detuvo agarrándole por la muñeca.

—Estate quieta, tienes las manos congeladas —le dijo con su sonrisa más seductora.

Ella lo miró con aire desafiante, se zafó y rebatió:

—Por eso quiero meterlas ahí, así me las caliento. ¿No te apetece?

Se rieron los dos, después se hizo el silencio, interrumpido sólo por el crepitar de los troncos que ardían en el hogar. Unos minutos más tarde, la cama se puso a chirriar.

Monique acariciaba los hombros fuertes de Sabbatini y pensaba en que habría tenido que decirle que se afeitara aquella perilla tan molesta, pero él era completamente calvo y le había explicado que la perilla le servía «para desviar la atención», aunque según ella su brillante cráneo tenía algo muy estimulante, casi diabólico. Pero no había nada que hacer; el

inspector tenía unas ideas muy claras sobre cómo debía ser su aspecto físico.

Sabbatini, en cambio, pensaba en que habría hecho mejor en ofrecerle un caramelo a la muchacha antes de empezar. Pero ahora ya era tarde. Abrió un ojo y la vista fue a posársele en la novela de la mesilla de noche, *L'affaire Lerouge*, de Gaboriau. Pensaba pedirle que, más tarde, le leyera un capítulo. Quería saber cómo se las arreglaría aquel policía, *monsieur* Lecoq, que era un personaje mucho mejor que aquel otro, el caballero Dupin, por no hablar de la genial idea de Lecoq de hacerle la cama a su superior. A Sabbatini también le habría gustado hacerle la cama al toscano: «Superintendente Terenzio Sabbatini», sonaba bien...

Monique le había hecho coger el gusto a aquellas novelas sensacionalistas, donde había personajes «que hacen tu mismo trabajo», tal como había dicho ella, admirada (al menos al inicio de su historia: porque después había comprendido que Sabbatini no era precisamente un policía concienzudo ni analítico). Eran grandes novelas; lástima que no estuvieran traducidas al italiano; y le habían dado una idea maravillosa, si no fuera porque había sido tan tonto que...

40

Frunció el entrecejo al pensar en cómo se había dejado engañar. Pero enseguida volvió a concentrarse, porque Monique tenía una diabólica habilidad para detectar si él no estaba completamente entregado y, si eso ocurría, se buscaría un gran problema. Así que le estiró de los cabellos hacia atrás con una fuerza calculada, de modo que ella le ofreciera el cuello, lo que le permitía abandonar aquella boca a la que desde luego le habría hecho falta un caramelo...

—¡Diantres!

La cama dejó de chirriar de golpe. Sabbatini tenía la cabeza levantada y aguzaba el oído.

—¡Ah, el pelo! Pero, bueno, ¿qué pasa?

—¿Has oído el reloj?

—¿Y qué?

—Calla.

Los tañidos de las campanas de la iglesia de Trinità dei Monti llegaban claros a través del aire gélido y sin viento de la mañana. Sabbatini los contó escrupulosamente, una sucesión de ligeros golpes de una cucharilla contra un vaso de cristal,

pero cuando acabaron no estaba seguro del resultado y saltó de la cama, llevándose las sábanas con el revuelo.

—¡Pero qué modos! ¡Que me congeló!

Monique bajó de la cama y recuperó las sábanas con gestos bruscos, se envolvió el cuerpo con ellas y, con gesto enfurruñado, se dejó caer en la butaca frente a la chimenea. Sabbatini consultó el reloj, que había sacado del bolsillo de los pantalones, perfectamente doblados sobre una silla. Ella echó un vistazo a su cuerpo desnudo, atlético, y se encogió de hombros al comprender que la batalla ya estaba perdida.

—¡Pero si son las diez y cuarto! ¡Las diez y cuarto! Esta vez el Toscano me mata.

Se lavó como pudo y se vistió a toda prisa, mirando con preocupación en dirección a la nuca de la joven. Estaba furiosa: pero ya haría que le perdonara, pensó, siempre lo había conseguido; y además quería saber cómo acababa la historia de Le-coq. Se arregló la corbata mirándose al espejo, ladeó con unos leves toques de los dedos el sombrero nuevísimo y se acercó a un jarrón de cristal lleno de claveles situado sobre el tocador frente a un retrato del padre de ella.

—¿Puedo...?

Ella se giró para ver y se encogió de hombros, mostrando su desprecio por el corte perfecto del traje, la chaqueta entallada que le marcaba el tórax y los hombros y los pantalones ajustados que le envolvían las piernas musculosas y que acababan en unos brillantes botines puntiagudos. Sabbatini arrancó un clavel y se lo prendió en la solapa de la chaqueta. Cogió el abrigo comprado apenas dos semanas antes en Scraider, en la Piazza di Spagna, y lanzó una última mirada a Monique. Ella no se inmutó, inmóvil como una estatua, contemplando el fuego y meditando la venganza, en la posición forzada de quien no quiere ceder.

—¡Vamos, Monique, es el trabajo! Intenta entenderlo.

—¡Trabajo! Dicho por ti parece una palabrota.

En el rellano, Sabbatini se detuvo un momento a pensar que, en ocasiones, Monique razonaba con el ímpetu de una *ciu-machella* romana.

Al cabo de unos pasos, el aire gélido, la luz del sol, los gritos y el movimiento de la ciudad le hicieron olvidar los caprichos de Monique.

En cuanto al problema de Panicacci, lo liquidó elaborando una excusa: al superintendente le diría que había decidido dar un salto a la comisaría de Colonna, a petición del delegado de la zona, que no conseguía esclarecer aquel robo de joyas de unos días atrás (no obstante, primero tendría que recordar al menos cómo se llamaba ese delegado de Colonna). Sabía perfectamente que era el día de la reunión semanal de los inspectores, pero había pensado que sería oportuno tranquilizar a la pobre señora Alvisi, la esposa del comendador Alvisi... Lorenzo Panicacci, en el fondo, era un hombre tranquilo: para evitar una molesta discusión no pedía nada más que una buena excusa. Bastaba saber cómo llevarlo, y él lo sabía, se dijo con una risita socarrona.

42 Redujo el paso; ya estaba claro que iba a llegar tarde, y lo mismo daba llegar al trabajo cuando estuviera seguro de que la reunión habría acabado. Se encontró en la Piazza di Spagna. Miró plácidamente a derecha e izquierda. Por la escalinata, blanca a la luz del sol, había sentadas unas cuantas provincianas en traje de domingo, parlanchines, pastorcillos de pesebre e incluso un par de hombres de mirada hosca y con el cuerpo cubierto por una capa, arquetipos perfectos del asesino de provincias romano: todos ellos, modelos ideales para los pintores que merodeaban por el Barrio de los Extranjeros en busca de los elementos pintorescos de Roma, algo que no existía ya desde hacía años. Al otro lado de la plaza, a la sombra, en los escaparates de las orfebrerías y de los locales de subastas, brillaban los oros de nobles familias que atravesaban dificultades. Dos modos diferentes de pasar el tiempo, en fin, enfrentados a ambos lados de la plaza, dividida en dos por los rayos del sol. El inspector pasó entre aquellos territorios opuestos con paso ligero y decidido, sin pensar en nada.

Los carros de caballos de la plaza esperaban alrededor de la Barcaccia, que no tenía agua, quizá debido a las obras de restauración. Sabbatini observó la baba verde y viscosa en el interior del recipiente vacío: parecía como si un horrendo animal hubiera abandonado su guarida para ir en busca de alimento.

—¿Dónde vamos, *inspetto'*? —preguntó el cochero cuando Sabbatini se hubo acomodado en el carro con un salto ligero.

—¿Dónde quieres que vayamos? Vamos..., no, espera.

Un momento después, el inspector había bajado del carro, impulsado por una idea.

—*Inspetto'*, ¿qué es lo que le pasa?

—Que me lo he pensado mejor; tengo que ir aquí cerca. ¡Toma, que te aproveche!

Lanzó una moneda al cochero y se alejó a paso ligero hacia Sant'Andrea delle Fratte, después de esquivar por un pelo a un grupo de seminaristas que había salido del edificio de Propaganda Fide y que atravesaban la plaza con la cabeza gacha, quizá para evitar tentaciones.

¡Llegaba tarde, así que lo mismo daba hacer las cosas a lo grande! Se le había ocurrido que aquel demonio de chupatin-tas vivía allí mismo, detrás de Sant'Andrea. Era el momento de resolver el asunto de una vez por todas.

— **E**l jefe ha dicho que tú te llevas a De Matteis, ¿no es cierto? Así que yo me he tomado la libertad de invitar al delegado Scialoja a que venga conmigo: no hacía más que pasearse por aquí, como un perrillo perdido. ¿Tienes alguna objeción?

44 Quadraccia había dejado caer aquella frase aparentemente inocua mientras recogía del perchero su sombrero deformado. Archibugi fingió no comprender la alusión: Oreste Scialoja era el delegado de Seguridad Pública con el que mejor trabajaba, el único que le hablaba de tú, el único que no le había hecho sentirse un extraño, desde que había llegado de Turín, hacía más de un año y, desde el 27 de junio anterior, su futuro suegro.

—No, ningún problema. —Corrado se puso el sombrero y el abrigo y tomó el bastón de paseo, porque el frío agudizaba el dolor de su vieja herida en la pierna, recuerdo de Custoza—. En cambio usted, Quadraccia... ¿Me equivoco o le encuentro hoy un poco nervioso? Desde que ha oído la declaración de ese tal Petrocchi...

—Te equivocas —replicó. Pero se apresuró demasiado en hacerlo.

Bajaron las escaleras del Palazzo Braschi: les seguía De Matteis, con la mirada fija en los hombros de los dos inspectores. Archibugi pensó en la respuesta de Quadraccia: realmente había algo que no cuadraba, algo que de pronto había dado que pensar al viejo inspector.

Salieron a la Piazza San Pantaleo. La silueta voluminosa de Oreste Scialoja esperaba inmóvil en un charco de sol, arrebujado en un abrigo demasiado estrecho. De debajo del sombrero

le salían mechones de cabello blanco, y tenía la larga barba liada con la bufanda apretada alrededor del cuello.

—Aquí tienes a tu delegado de confianza, Archibugi —proclamó Quadraccia—. Hola, viejo.

—No empieces con la historia de «tu» delegado, Homilías, o te vas solito a la Morte Desolata —le gruñó Scialoja, mientras le daba la mano a De Matteis.

—¿Qué pasa, has dormido con el culo al aire? ¡Y resulta que soy yo el que está nervioso! ¿Eh, inspector Archibugi?

Unos instantes después, Corrado Archibugi se dirigía junto al delegado De Matteis hacia la Piazza Venezia, por donde vivía aquel peculiar personaje, Arthur Barrington, y seguía cavilando.

Efectivamente, Quadraccia había dado en el blanco: a Scialoja le pasaba algo, y hacía tiempo ya. Un modo diferente de enredársele la barba descuidada, un ceño fruncido de pronto cuando parecía que nadie lo veía, una menor locuacidad..., como si le hostigara una angustia oculta, una sensación de perplejidad. Y también se había dado cuenta la esposa de Scialoja, la señora Cleofe. Sólo Lucrezia vivía su historia de amor sin preocupaciones. Pero ella era joven, optimista, alegre, por lo menos tanto como Corrado, a sus treinta y tres años, era maduro, reservado, reflexivo...

La primera vez que Corrado se había dado cuenta del extraño comportamiento del delegado había sido precisamente el 27 de junio. Un domingo cálido, en el que todos —Scialoja, Cleofe, Lucrezia, Corrado y su madre Caterina, venida expresamente desde Turín para la ocasión— habían ido al Vascello, en el campo, algo más allá del Gianicolo, para celebrar el compromiso con un almuerzo bajo la sombra fragmentada de un emparrado. Ya en aquella ocasión, entre brindis y risas (incluso mamá Caterina se dejó llevar y sonreía con la mano frente a la boca, casi como si se avergonzara), de vez en cuando Scialoja se quedaba como petrificado, como si viera una catástrofe inevitable en el horizonte.

Y recordaba también una escena precisa, dos días después, la noche de San Juan, cuando estaban sentados bajo los árboles de la Via Merulana, cubierta de farolillos de papel y vendedores de caracoles. La madre de Corrado le había comentado a Scialoja, que estaba extrayendo un caracol de su concha con un

palillo, que los dos jóvenes hacían «realmente buena pareja»: y Corrado recordaba una vez más la imagen de Scialoja, que se había quedado por un momento boquiabierto, con el jugoso cacacol bañado en tomate aún ensartado en el palillo, sin saber qué decir.

Archibugi sacudió la cabeza, como si quisiera ahuyentar las sombras que le rodeaban: la que se extendía sobre Scialoja, aquella inesperada sobre Quadraccia y la del inglés.

Además de aquella nueva, gigantesca y terrible, que cubría el pequeño cadáver que Quadraccia y Scialoja se disponían a exhumar.

—Oiga, De Matteis —consultó al voluminoso delegado, que caminaba ligero pese a la respiración agitada—, ¿qué es eso de la Morte Desolata? ¿Qué es lo que hace exactamente un mandatario?

—Bueno, la Confraternidad de la Morte Desolata es una de las tantas asociaciones pías que abundan en Roma, aunque, como habrá oído, el Gobierno dice que quiere cerrarlas. Está la que asiste a los enfermos, o a los pobres, o a los presidiarios. La Morte Desolata tiene como misión ocuparse de la sepultura de los muertos abandonados en el campo, un poco como la Archiconfraternidad de la Adoración y Muerte, o la de los Sacconi Rossi, que recupera los muertos del Tíber.

—¿Y el mandatario?

—El mandatario es el miembro más bajo de la jerarquía de la Confraternidad, junto a los clérigos: se llaman siervos. Después se va saliendo, hasta los oficiales de primer orden y el dignatario, que debería ser un cardenal. ¡No me mire así —dijo con una sonrisa—, yo no voy en procesión a besar crucifijos metido dentro de un saco! Estas cosas se las he preguntado a Petrocchi. Está tan orgulloso de formar parte de esta confraternidad que basta con darle pie, y luego no hay quien lo pare.

—¿Cómo eligen a los cofrades?

—Ah, eso no lo sé. Lo que sí sé es que no pueden ser maleantes ni pecadores, obviamente.

Archibugi se quedó mirando a De Matteis.

—Cualidades difíciles de dar por seguras, ¿no le parece?

El delegado se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y ahora puedo hacerle yo una pregunta, inspector?

¿Por qué llegó a la conclusión, en su tiempo, de que el testimonio de Barrington no era de interés?

—Bueno... —empezó Archibugi. Pero se interrumpió: «¿Cómo puedo decirle que me he fiado de una impresión, sólo de una impresión?». Sí, tenía puntos de apoyo, fundamentos formales, en fin, que podía defender aquella impresión, y la habría defendido, más adelante, ante Panicacci. Pero en el fondo...—. Pronto lo verá. Acuérdesse de pedirle que le enseñe alguna de sus acuarelas, pero que sean de las «secretas», no de los paisajes romanos que pinta para ganarse la vida.

De Matteis se quedó mirando el rostro de Corrado, el rostro de un hombre serio. Serio, pero de respuestas ambiguas. ¿Qué tenían que ver aquellas acuarelas? ¡Y además, secretas!

*M*ontados en un coche de plaza, Scialoja y Quadraccia procedían casi a paso de hombre, porque les seguía el carro cubierto del hospital. En el carro había una camilla y dos camilleros sentados uno frente al otro, medio dormidos, con unos sucios pañuelos al cuello que les servirían, una vez empapados en vinagre, para protegerse de los efluvios del cadáver; en el pescante iban el cochero y el forense, que además era cirujano del hospital de la Consolazione.

Scialoja cayó de pronto en la cuenta de que era la primera vez, desde el mes de marzo anterior, que él y el Homilías se encontraban juntos, en un coche, siguiendo una investigación. En aquella otra ocasión había acabado mal: Quadraccia había terminado con un disparo de fusil en el hombro y había pasado un par de meses en el Santo Spirito.

A causa de aquella curación milagrosa, en la comisaría alguno había empezado a llamarlo Lázaro, en vez de Homilías, porque realmente había estado a un paso de estirar la pata: pero nadie tenía el valor de usar aquel mote en presencia del interesado.

Scialoja lo miró de reojo: quién sabe si él también estaría pensando en aquella coincidencia, en aquel otro trayecto en coche. Pero era muy difícil intuir los pensamientos de Quadraccia; con el transcurso de los años, el inspector se había construido una máscara de cinismo y de desprecio por todo y por todos, tras la cual escondía sus desilusiones y sus dolores privados, que sólo Scialoja y pocos más conocían, y de los que se guardaban mucho de hablar.

—Has empezado con mal pie con el doctor, Homilías —dijo Scialoja.

El médico se había negado a ir en coche con los policías cuando Quadraccia, en el momento de las presentaciones, primero había mirado con frialdad la mano que le tendía a modo de saludo y luego se había girado sin decir una palabra.

Quadraccia se encogió de hombros.

—Mira, viejo, si no te importa, yo no le doy la mano a uno que cura a sifilíticos.

El aire gélido y seco atenuaba los miasmas del Tíber y les hacían llegar los gritos del mercado de la Piazza Montanara y de los otros mercadillos de los callejones de los alrededores, el voceo de los vendedores ambulantes, los gritos de los niños y el martilleo de los herreros, de los carpinteros, de los alpargateros, toda la cacofonía de aquel extremo de Roma, a sólo unos cientos de metros de donde se abría el campo. Los dos policías habían mandado al médico y el coche al hospital que más a mano les venía, el de Santa Maria della Consolazione, precisamente, y ahora bajaban hacia la Boca de la Verdad. Los charcos de agua a los lados de la calle aún tenían hielo, y de la ropa tendida caían gotas heladas.

—A este inglés..., ¿tú lo conoces?

Por norma, Scialoja evitaba hablar con Quadraccia, a pesar de que ambos fueran de los pocos «polis» pontificios integrados en la Regia Pubblica Sicurezza, y de que, por tanto, se conocieran desde hacía años; no obstante, al igual que Archibugi, el delegado había intuido que había algo raro en la actitud del inspector aquella mañana, y tenía curiosidad por conocer el motivo.

—Sí —confirmó Quadraccia—. Cuando se presentó en la comisaría, yo estaba en el despacho y Archibugi no. Acababa de volver del hospital. No entendí ni una palabra, conmigo hablaba que parecía un campesino del norte, después llegó tu yerno y empezó a explicarse en cristiano. Ése está más loco que un caballo.

El cochero se giró y dijo:

—Los caballos son animales muy inteligentes.

Quadraccia se dio aire agitando una mano frente a la cara.

—Date la vuelta —protestó con una mueca—. No bebo por las mañanas.

El cochero se quedó mirando la cicatriz y la nariz torcida del inspector vestido de muerto y se giró. Pero para darle en las narices sacó una botella de debajo del pescante y le dio un buen trago.

—No es mi yerno —precisó Scialoja.

Quadraccia miró al delegado con ostentación. El aire gélido daba al rostro del inspector un semblante aún más cetrino, sobre el que destacaba la cicatriz como una señal lívida, azulada.

—¿Qué te roe por dentro, viejo? ¿No estás de acuerdo con los gustos de tu hija?

—¿Por qué no lo dejas? Yo te he preguntado por el inglés.

Por un momento se oyó únicamente el traqueteo del coche y el repiqueteo de los cascos de los caballos. Después Quadraccia se encogió de hombros y volvió a mirar afuera, hacia Santa Maria Egiziaca. Unos bueyes bebían de un abrevadero junto a la fuente de los Tritones, moviendo perezosamente el rabo, ajenos al hecho de que muy pronto llegaría el matarife.

50 Scialoja caviló unos instantes sobre lo que le había dicho Quadraccia, mesándose la barba, para luego interrogarlo casi con desgana, para ahuyentar otros pensamientos.

—Y así, ¿por qué dices que está loco?

Pero Quadraccia no estaba muy locuaz. No lo estaba nunca, y aquella mañana menos aún: parecía que esperara algo demasiado desagradable incluso para él.

—No hay más que verlo: lo lleva escrito en la frente —se limitó a decir, y le ordenó al cochero que se parara.

—¿Y ahora? —preguntó Scialoja.

Quadraccia bajó y se dirigió hacia la tienda de un fotógrafo, bajo la mirada curiosa del médico. «FOTOGRAFÍA HERMANOS DE BONO», decía el rótulo, que indicaba también que los precios eran fijos y que los hermanos De Bono hacían «vistas, retratos, panoramas, dibujos de Rafael, Miguel Ángel, etc.». Pocos minutos después, salió con un sobre amarillo en la mano mientras un hombrecillo vestido con camisa y chaleco y el rostro congestionado intentaba retenerlo.

—Se aprovecha porque... —lloriqueaba uno de los hermanos De Bono, que, a la intemperie, empezaba a sentir el frío en los brazos y se los masajeaba.

Quadraccia se alejó y lo dejó, resignado, en la puerta. Subió

al coche, lanzó el sobre entre los brazos de Scialoja y le dijo al hombrecillo en voz alta:

—Te he dicho que te pagaré..., pero sólo cuando el informe del forense hable de investigación. Si no te parece bien, vete a comisaría y dile a Lorenzo Panicacci que te pague. ¿Has entendido? Y tú, pon en marcha este pollino.

—¿Y esto qué es? —preguntó Scialoja, mientras pensaba que, con tipos como Quadraccia, la «nueva» policía se haría odiar en la capital al menos tanto como la vieja.

—Mi «vejiga».

Scialoja abrió el sobre. Había tres impresiones fotográficas sobre papel a la albúmina, de unos veinte por veintiséis, cada una de ellas pegada sobre una cartulina rígida ocre con una raya verde alrededor, lista para enmarcar. Le bastó echar un vistazo rápido para comprender que nadie, ni siquiera Quadraccia, colgaría aquello de una pared: no obstante, intentó no mostrar ninguna expresión, porque sabía que Quadraccia lo miraba por el rabillo del ojo, buscando el mínimo rastro de una mueca de asco. Se limitó a emitir un suspiro, volvió a meterlas en el sobre y se las pasó al inspector, que las examinó a su vez atentamente.

—Ha hecho un buen trabajo, ese viejo achacoso —comentaba—. Cuando ha visto el cadáver, un poco más y cae fulminado. ¡Mira, aquí también estoy yo! Este pie es mío. Bastaba con tocarla con la punta del zapato y se ponía a soltar pedos por todas partes, como un odre lleno de gas.

—¿Y éste es el muerto de Ripa Grande?

—Pues sí. Aunque debe de tratarse de una muerta. El forense trabaja en esto desde ayer..., no le envidio en absoluto. Esta idea de las fotografías, me la ha dado tu... Archibugi, quería decir.

Scialoja asintió, sin dar importancia a la alusión ahogada entre los labios del inspector. Había visto a Archibugi en acción en otras ocasiones, frente a los cadáveres. A menudo mandaba que tomaran «fotografías de conjunto», como decía él, y a veces resultaban de una importancia capital, pues permitían conservar detalles que de momento podían pasar desapercibidos, por si, por el momento, se careciera de los elementos necesarios para darles su justo valor. Al principio, aquel *modus operandi* había

provocado un pequeño escándalo en comisaría, y Panicacci incluso había sentenciado que le parecía de un gusto dudoso, si no ya blasfemo, fotografiar al cadáver de una persona asesinada. Alguien había incluso susurrado que el inspector *buzzurro* traía mal fario. Después se recordaría únicamente como una rareza de un hombre meticoloso y forastero, en general querido por sus colegas y en tregua armada con su superior.

—Sí, ya sé que Corrado tiene esa costumbre. Pero tú no tienes su mentalidad cuadrada, Homilías. Así que...

—Es verdad. A mí estas fotografías me sirven para poner incómoda a la gente, para que se agiten, para ver cómo reaccionan, para meterles miedo... Funcionan estupendamente.

Scialoja no replicó. Prefirió respirar a pleno pulmón el aire cargado del olor a tierra húmeda y a hojas muertas procedente del campo que estaban atravesando, en ruta hacia San Paolo y la Morte Desolata. La hierba cubierta de escarcha daba una imagen de candor y pureza que desentonaba con lo que eran ellos, y con lo que encontrarían en breve.

La acuarela representaba el Campidoglio, bajo un cielo de juicio universal, color antracita, con apenas un temblor amarillento en el horizonte, como si fuera el último ocaso (¿o alba?). De la escalinata bajaban dos raíles que discurrían hacia abajo para rodear luego un armazón de hierro que emitía destellos de hoja cortante. Aquella estructura de barras se elevaba por encima de los palacios que rodeaban el Campidoglio, y un tren que discurría por encima. Unas largas chimeneas, parecidas a las de los altos hornos, punteaban el horizonte de la ciudad y escupían hilos de humo que se confundían con las nubes, o que quizá las producían. Ningún rastro de seres humanos. Sólo la ciudad, las chimeneas y la estructura de hierro sobre la que corría el tren.

—Inspector Archibugi —dijo una voz de elegante acento inglés, una voz débil que procedía de un viejo sillón de respaldo alto y tapicería gastada y manchada—, ¿puedo saber, entonces, cómo es que ha venido a verme otra vez, después de todos estos meses?

De Matteis levantó los ojos de la carpeta llena de acuarelas, las acuarelas «secretas», que estaba mirando con creciente estupor, de pie junto a la mesa de trabajo, cubierta de hojas, pinceles, colores, bocetos, lápices e incluso un muñeco desmontable de madera. Por la ventana entraba una luz tenue, porque aquel lado del albergue I Tre Re estaba a la sombra, una sombra que cubría los muebles con una pátina difusa, que al delegado le recordó la luz mortecina de la acuarela.

Archibugi fumaba un puro, de pie frente al sillón del que De Matteis sólo veía sobresalir un par de finas piernas cruza-

das, con sendas pantuflas a los pies. Semiescondidos tras el humo azulado, los ojos de Archibugi estaban concentrados en su habitual valoración de una personalidad.

—¿Se encuentra bien, señor Barrington? —preguntó a su vez Corrado, con una voz sin inflexiones. Echó una mirada a De Matteis, como si quisiera entender qué pensaba el delegado de aquellos dibujos.

—Lo suficiente para poder afrontar un interrogatorio, inspector.

—Pero no tanto como para salir de aquí, desde hace días.

Eso le había dicho el dueño de aquella histórica pensión, justo bajo el arco de San Marco, tan histórica que el rótulo era una viga de madera tan mellada y desgastada que de los tres reyes del nombre, quizá los Reyes Magos, no quedaban más que unas sombras con corona; tan histórica que las habitaciones no estaban indicadas con números, sino con cartas de juego fijadas a las puertas, ya que hacía tiempo que costaba encontrar clientes —así como mozos o camareros— que supieran leer.

54 —El As de Bastos no saca la nariz de la puerta al menos desde hace un par de días —dijo el posadero, mientras colocaba los cubiertos sobre la mesa del pequeño y oscuro comedor de la planta baja—. Y come en la habitación; siempre pide que le lleven algo.

—¿Está mal?

—¿Y yo qué sé?

—Se nota, si alguien está mal. Y alguien limpiará las habitaciones, ¿no?

Porque el inglés tenía un apartamento formado por dos habitaciones: una le servía de dormitorio; la otra, de salón y de estudio de pintura.

De Matteis siguió hojeando los dibujos del inglés, pero sin perderse una palabra del diálogo.

—¿Usted conoce la Home Agency del señor Shea, en la Piazza di Spagna? —siguió preguntando Corrado.

—De nombre.

—Parece ser que es la mejor agencia para extranjeros de Roma... Da información sobre alojamientos, tiene una pequeña oficina de envíos y recados, y, naturalmente, un registro de llegadas y direcciones...

—El señor Shea debe de ser un hombre muy meticuloso.

—Y sin embargo, no ha oído nunca hablar de usted. Otro punto de referencia es la pensión Anglo-americana de la Via Frattina. Pero allí también es desconocido usted.

—¿Es delito el ser discreto, señor inspector?

—Su pasaporte dice que usted lleva en esta ciudad más de tres años. ¿Es posible que no haya tenido nunca ocasión de hacer saber a la comunidad inglesa que reside aquí, en esta dirección?

Ninguna respuesta.

—¿Por qué escogió precisamente esta pensión, cuando en Roma existe un barrio ya conocido como el Barrio de los Extranjeros, donde viven muchos de sus compatriotas y donde sin duda se sentiría más como en casa?

De Matteis comprendió que aquellas preguntas estaban destinadas a hacerle a él un resumen del personaje en cuestión. Archibugi quería que viera al inglés como lo veía él, un hombre que se había escondido voluntariamente y que vivía como un recluso.

—Usted sabe bien el motivo, señor inspector —dijo la voz, tras un largo silencio.

Archibugi asintió, soltó una bocanada de humo y se dirigió hacia una pequeña estantería llena de libros. Se puso a recorrer con la mirada los lomos de los libros.

—¿Qué busca?

—¿Usted conoce —preguntó girándose hacia Barrington— una novela por entregas que se está publicando estos días en Roma, una novela de Guido Tremolaterra?

De Matteis no perdía de vista lo poco de Barrington que veía desde su posición.

—No.

—Ha tenido mucha publicidad. Una publicidad muy eficaz, parece, en vista de las ventas que ha tenido desde la primera entrega. La novela se titula *El misterio del doctor Bellacuccia*: es un folletín al estilo de los ingleses y franceses... Es la historia de un enigmático médico que llega a Roma, quién sabe de dónde, y que teje una trama de intrigas y chantajes con el fin de hacerse rico y poderoso; para cometer sus delitos se sirve de un mono amaestrado..., mientras la Policía —es decir, nosotros— va dando palos de ciego...

—Nunca lo he leído.

De Matteis casi dio un respingo: del sillón emergió el inglés, alto y delgado, abriendo los brazos para estirar los músculos. Frente a la ventana destacaba su silueta, fina y flexible como una mantis a punto de lanzarse sobre Archibugi. Después el hombre se dirigió a la mesa próxima a De Matteis, y el delegado vio sus ojos negros y la córnea grisácea, el rostro descolorido, la frente amplia y el cabello oscuro peinado hacia atrás, dos labios finos y violáceos: la imagen de un hombre enfermo. Barrington le dedicó una débil sonrisa al delegado, echó una mirada a sus acuarelas y sacó un cigarrillo de una petaca sobre la mesa, lo encendió y soltó una gran bocanada. El olor a tabaco oriental se extendió por toda la sala.

—No lo he leído —repitió el inglés, girándose hacia Archibugi— y no entiendo qué puede tener que ver esa novela por entregas con...

—¿Con su declaración de entonces? A eso voy, señor Barrington. ¿Sabe? En una de las entregas se descubre que el doctor Bellacuccia está de algún modo relacionado, por así decirlo, con un inglés...

Archibugi exhaló humo del puro. Por el rabillo del ojo mantenía controlado a Barrington, que estaba de pie, con su viejo batín puesto. De Matteis observó que le temblaba la mano con que sostenía el cigarrillo.

—Entonces, ¿no conoce usted de nada a Guido Tremolaterra?

—¡No!

—Sin embargo, Tremolaterra, en un episodio de Bellacuccia, parece conocer el contenido de su declaración, al menos en parte. Admitirá que es una coincidencia singular. De acuerdo, Tremolaterra es periodista, pero la historia que usted me contó el pasado mes de mayo no ha salido de Inglaterra y se remonta a hace cuatro años...

La verdad es que no había habido tiempo para estudiar la novela por entregas: los inspectores prácticamente se habían enterado aquel mismo día, en el momento de la declaración de Petrocchi, y Archibugi había tenido que obtener algunos datos rápidos del agente de guardia, al que había visto con una de las entregas en la mano. Agostino se había mostrado encantado de contarle la trama de la novela: es más, a Corrado le había cos-

tado llegar al punto que le interesaba y seleccionar la información necesaria en aquel momento.

—De hecho —prosiguió Archibugi, recordando el meollo de la historia y añadiendo de su cosecha—, el episodio en cuestión habla de un señor inglés que ofrece alojamiento a niños...

Barrington tenía los labios entrecerrados, el cigarrillo le temblaba en la mano. Tenía los ojos fijos en Archibugi, que se esforzaba por mantener un tono indiferente mientras hablaba. De Matteis se temió que el inglés se encontrara mal de pronto.

—Usted, señor Barrington, me había contado en su tiempo que esta práctica es común en Inglaterra: personas que se ofrecen como sustitutos de los padres a cambio de un pago diario, y que ofrecen a los niños alimento, alojamiento y afecto..., o que incluso, en la práctica, adoptan a los niños: se los compran a madres sin posibilidades...

El inglés había torcido la boca en una mueca al oír la palabra «afecto».

—*Baby farmers*, se llaman, inspector. Pero en cuanto al afecto...

—Eso es, exacto. Bueno, pues este *baby farmer*, que firma sus anuncios en los periódicos con las iniciales W. W...

—¿Cómo? —exclamó Barrington—. ¿En el libro consta incluso ese detalle?

—Oh, sí, y hay muchos otros detalles —prosiguió Archibugi, sin mostrar reacción alguna ante la tensión de su interlocutor—. Escuche: este *baby farmer*, a través de anuncios en los periódicos, «compra» niños a unas pobres desventuradas, los tiene en una casa alquilada para ese fin, aparentemente bien cuidados...

Archibugi se llevó el puro a la boca y le dio una calada. De sus labios salió una voluta larga y fina que se elevó por el aire en espirales, como la serpiente de un encantador. Y De Matteis tuvo realmente la impresión de que el inspector alternaba revelaciones y pausas para encantar, para hipnotizar al inglés, que se apoyaba en la mesa y parecía no soportar la tensión. La ceniza del cigarrillo le cayó al suelo. En el silencio, se oyó una voz que anunciaba con voz rauca los últimos números disponibles antes del sorteo de la rifa de turno, que sorteaba como siempre la típica gallina con «el huevecito ya a punto».

Barrington se aferraba con las largas manos huesudas al borde de la mesa, tan fuerte que se le veían las venas. Los pinceles temblaban en los vasos, con un ruido similar a un castañeteo de dientes. De Matteis vio que la nuez del inglés daba un salto en el cuello, justo antes de que aquella frágil voz preguntara:

—Y..., ¿y luego?

—Lo imaginará usted mismo, ¿no?

El inglés suspiró, como si hubiera accedido a beber de un amargo cáliz.

—¿Los ha matado?

—A todos. W.W. masacra a los niños, no se sabe por qué, quizá por instigación del terrible Bellacuccia... El señor Tremolaterra, como todo escritor que se precie, mantiene en secreto algunos puntos de la trama, quizá pensando en futuros giros del guion. Los investigadores encontraron en aquella casa un espectáculo dantesco. Y sobre la pared, trazadas en sangre, las iniciales: W.W.

58 Barrington susurró algo en inglés. Sacudía la cabeza, como para ahuyentar una visión infernal. Tenía los ojos abiertos como platos, fijos en el pasado. Encontró una silla junto a la mesa y se dejó caer.

—El señor Tremolaterra no escatima en descripciones truculentas —prosiguió Corrado—. Parece que es una de las claves del éxito de este tipo de literatura.

—¡Señor inspector, lo que me cuenta confirma que tenía yo razón! Y usted no me creyó.

Archibugi se giró y siguió examinando los títulos de la librería. No quería que Barrington le viera el rostro perplejo e incluso irritado: irritado con Panicacci, que, con su ansia infantil, lo había mandado a interrogar a la desesperada, sin recopilar previamente la información necesaria. El punto prioritario de la investigación, al menos en aquel momento, era comprobar la fiabilidad de la declaración de Petrocchi. ¡Y Panicacci había mandado a Quadraccia, que además no parecía en absoluto contento con el encargo! Una vez aclarado aquel punto, todo lo demás habría caído por su propio peso, y Archibugi habría podido responderle a Barrington de un modo muy diferente, sin aquellas limitaciones.

—Lo que le he contado, señor Barrington, no es más que un hecho: mi misión es interpretarlo. Y en mi opinión parece lógico pensar que Tremolaterra haya sido puesto al corriente del delito Doble W, como lo llamaron los periódicos de la época en su tierra. Eso es todo.

—¡En mi tierra! Yo no sé nada de ese Tremolaterra, no hablo con periodistas, sobre todo de... —Barrington se interrumpió y miró los ojos bien abiertos de Archibugi, que hojeaba un libro—. ¿Los periódicos de la época, ha dicho? Pero, entonces, señor inspector, usted ha hecho, cómo se dice..., comprobaciones. Ha preguntado. ¿A quién? ¿Qué le han dicho?

—He comprobado a través de su embajada que en 1871, un año antes de que usted abandonara Inglaterra, se publicó, efectivamente, en los periódicos londinenses, una oferta de esas tan habituales en su país, relativa a la práctica del *baby farming*. En este caso, el anuncio informaba de que un matrimonio que no podía tener hijos deseaba aumentar la familia con la adopción de un niño. Se ofrecían quince libras esterlinas y, como es obvio, se pedían y se aportaban referencias. El anuncio iba firmado con las letras W.W. Las respuestas debían dirigirse al periódico, citando las iniciales y el número del anuncio...

El inglés asentía. De Matteis lo seguía todo con la máxima atención, puesto que tenía un conocimiento muy somero de la declaración de Barrington. Con los ojos de la mente, imaginaba sobre la pared amarillenta que tenía delante una doble W dibujada en rojo sangre, como en la novela de Tremolaterra... Aquella coincidencia tan tangible, una doble W que relacionaba de algún modo un delito atroz en Londres con una novelucha por entregas y, quizá, con un nuevo delito en Roma, a los ojos del delegado se presentaba como la encarnación misma del enigma. Y, por otra parte, estaba aquella curiosa carta y los trazos afilados de las dos W.

—Pocos meses después —continuó Archibugi, que le tendió un libro a De Matteis y señaló con el dedo unas líneas subrayadas, mientras Barrington seguía la maniobra casi sin verla—, tres niños, todos ellos confiados al señor W.W., fueron hallados en una vieja casa de las afueras de Londres. Encerrados en la bodega. Quizá muertos de hambre. Ni siquiera los periódicos más sensacionalistas entran en detalles sobre sus tribulaciones...

Archibugi hizo una pausa. Tenía la mirada dura y la mandíbula apretada.

—Señor inspector —intervino De Matteis, señalando el libro, que era en inglés.

—Por favor, copie las palabras subrayadas. Así pues, señor Barrington, Tremolaterra conoce bien la historia. La única diferencia con respecto a la novela es que, en la realidad, no ha habido ninguna inscripción melodramática sobre la pared: sólo niños abandonados a la muerte en el subsuelo, en una bodega. La doble W apareció sólo en los anuncios, pero no se usó como firma de los delitos. Volviendo a los hechos: tras largas investigaciones, la Policía inglesa consigue arrojar luz sobre el delito; a través del periódico que publicó los anuncios y del testafarro que había alquilado la casa donde se encontraron los cuerpos de los niños, consigue llegar hasta el señor W.W., aunque se lo encuentran colgado, quizá víctima del suicidio. Nunca sabremos qué perverso demonio se le había instalado en el cuerpo para que llegara a pagar cuarenta y cinco libras esterlinas por tener a tres niños a su disposición. Mientras tanto, la Doble W se convierte en un tema de conversación común, en un misterio que llena las páginas de sus periódicos durante días y días...

60

Y aquél era el mayor temor de Panicacci, el motivo de su ansia.

—Ésa es la versión oficial —dijo el inglés, que se levantó de la silla con cierta dificultad—. Pero yo sé la verdad, y es la que le he contado. Usted habla de un demonio en un cuerpo humano: yo sé quién era ese demonio. Y yo he visto realmente a Doble W en Roma, en el cementerio de los Ingleses, a principios de mayo. Todo lo que le he contado es cierto...

De Matteis volvió a pasarle el libro a Archibugi, después de copiar, sin entender nada, los fragmentos que le había indicado. Escrutó, perplejo, el rostro céreo de Barrington, que afirmaba ser el único que conocía la verdadera identidad de un asesino de niños que, tras morir en Londres, había resucitado en Roma. Pero ¿por qué no lo había denunciado entonces a la Policía inglesa? ¿Por qué había escapado a Roma y se escondía, como todo parecía indicar? El delegado esperaba que Archibugi prosiguiera con la reconstrucción, que le desvelara más detalles

conocidos hasta entonces sólo por ellos dos, pero el inspector cambió de tema. No había nada que hacer: aquel norteño tenía un modo de interrogar muy particular, muy diferente del habitual: pasaba continuamente de una cosa a otra, cambiaba de humor y de registro, como si pensara que la verdad sale no tanto de las palabras, sino de ir dando trompicones de una idea a la otra, de un sentimiento a otro.

—La otra vez, cuando le acompañé hasta aquí, me puse a curiosear entre sus libros... —Sonrió—. Me gustan los libros y me gusta estudiar los libros de los demás... Es un poco como colarse en la mente de sus propietarios, ¿no le parece? Bueno, pues en este libro hay líneas subrayadas que me llaman la atención.

Barrington cogió el libro que le tendía Archibugi.

—Charles Dickens, *El misterio de Edwin Drood*... —recitó en voz baja.

—¿Dickens no es un poco como nuestro Tremolaterra? No ponga esa cara, estaba bromeando. En fin, yo no conozco la lengua inglesa, salvo unas pocas palabras; sin embargo, hay algo en esas líneas que me llamó la atención, como si de algún modo comprendiera el sentido... Ahora querría que usted las leyera. Por favor.

Barrington superó un momento de incredulidad y, tras aclararse la voz como para pronunciar un discurso, empezó a leer las palabras que él mismo había subrayado y que De Matteis había copiado no sin dificultad:

—*As, in some cases of drunkenness, and in others of animal magnetism, there are two states of consciousness which never clash, but each of which pursues its separate course as...*

—¿Lo ve? Algunas expresiones me han hecho pensar... «*Animal magnetism*», «*two states of consciousness*», eso lo entiendo. Tradúzcame un poco la frase.

—A ver...: «Como en ciertos casos de alcoholismo, o incluso de hipnosis, existen dos estados de conciencia que nunca interfieren, sino que discurren cada uno siguiendo su camino independiente, como si continuaran sin interrupciones (por eso, si escondo el reloj cuando estoy borracho, tengo que emborracharme de nuevo para recordar dónde lo he metido)...».

Archibugi asintió con decisión y echó una mirada a De Matteis.

—¡Muy bien, magnífico! Había intuido el significado, pero el ejemplo del reloj es realmente esclarecedor... Los dos estados de conciencia, cada uno de los cuales vive independientemente del otro... —dijo Corrado, con los ojos de pronto gélidos—. ¿Por qué ha subrayado estas líneas?

El inglés se pasó la lengua sobre los labios resecos. De Matteis hacía esfuerzos por seguir el hilo al inspector.

—Adelante, ¿por qué ha subrayado estas líneas?

—Porque... no sé, quizá me ha impresionado su profundidad, como a usted...

—¿De verdad? Su profundidad...

Archibugi se giró de nuevo hacia la librería con un gesto de fastidio, como si ya tuviera bastante de aquella pantomima, y cogió una cajita de madera plana de sobre un montón de libros. De Matteis vio que Barrington hacía un movimiento, como si quisiera lanzarse hacia el inspector, pero el inglés se limitó a abrazarse el pecho con los largos brazos, como para defenderse de alguna amenaza. Parecía un hombre atormentado, pero incapaz de hacer daño a nadie.

62

El inspector colocó la caja delante de Barrington y la abrió. De Matteis se echó adelante para ver, pero estaba demasiado lejos y no quería dar la impresión de que no sabía lo que estaba haciendo su superior, así que se mantuvo en su sitio y observó a Barrington, que miraba la caja con resignación.

—¿Y esto? —preguntó Archibugi.

—¿Qué pretende hacer? ¿No querrá...?

Archibugi se encogió de hombros, como si quisiera indicar que no era asunto suyo; cerró la caja y la volvió a colocar en su sitio. El rostro de Barrington se relajó, arrastró las zapatillas hasta el sillón y se dejó caer, agotado.

—Señor Barrington, usted se comporta como el alcohólico o el hipnotizado del que habla Dickens. Por eso ha subrayado esas palabras: porque se ha visto reflejado. Usted tiene miedo de algo, quizá de haber perdido un reloj, pero no sabe ni cuándo ni dónde. Y para huir del miedo, no recurre ni al alcohol ni a la hipnosis: usted recurre al opio.